

EL VENDADOR DE HERIDAS

Pero en silencio, en las proyecciones de los sueños,
Mientras el mundo de la ganancia y la apariencia y la alegría continúa,
Tan pronto lo que se ha olvidado, y las olas lavan huellas de la arena,
Con las rodillas abatibles volviendo entro por las puertas, (mientras que para ti allá arriba,
Quienquiera que seas, sigue sin ruido y sé de corazón fuerte).

Llevando las vendas, el agua y la esponja,
Directo y veloz a mis heridos voy,
Donde yacen en el suelo después de la batalla,
Donde su sangre de valor incalculable enrojece la hierba, el suelo,
O a las filas de la tienda del hospital, o bajo el hospital con techo,
Vuelvo a las largas filas de catres arriba y abajo de cada lado,
A todos y cada uno tras otro me acerco, no echo de menos uno,
Un asistente me sigue sosteniendo una bandeja, lleva una cubeta de basura,
Pronto se llenará de trapos coagulados y sangre, se vaciará y se llenará de nuevo.

Adelante voy, me detengo,
Con rodillas articuladas y mano firme para vendar heridas,
Soy firme con cada uno, los dolores son agudos pero inevitables,
Uno me da una mirada suplicante—¡pobre chico! Nunca te conocí,
Sin embargo, creo que no podría negarme a morir por ti, si eso te salvaría.

Vamos, voy, (¡abre las puertas del tiempo! ¡abre las puertas del hospital!)
La cabeza aplastada que vendo, (pobre mano enloquecida no arranques el vendaje,)
Examino el cuello del caballero atravesado con la bala,
La respiración se agita, el ojo ya está vidrioso, pero la vida lucha con fuerza,
(¡Ven dulce muerte! ¡sé persuadida oh hermosa muerte!
En misericordia ven pronto.)

Desde el muñón del brazo, la mano amputada,
Desenredo la pelusa coagulada, retiro el esfacelo, lavo la materia y la sangre,
De vuelta en su almohada, el soldado se dobla con el cuello curvado y la cabeza caída de lado,
Tiene los ojos cerrados, su rostro pálido, no se atreve a mirar el muñón sangriento,
Y aún no lo ha mirado.

Vendo una herida en el costado, profunda, profunda,
Pero un día o dos más, para ver el cuerpo todo consumido y hundiéndose,
Y el semblante amarillo-azul ver.

Vendo el hombro perforado, el pie con la herida de bala,
Limpio el que tiene una gangrena roedora y pútrida, tan enfermiza, tan ofensiva,
Mientras el asistente se queda detrás de mi sosteniendo la bandeja y la cubeta.
Soy fiel, no me doy por vencido,
El muslo fracturado, la rodilla, la herida en el abdomen,
Éstas y otras más se vendan con mano impasible, (aunque en el fondo de mi pecho hay un
fuego, una llama ardiente.)

Así, en silencio en las proyecciones de los sueños,
Regresando, reanudando, me abro paso por los hospitales,
Apaciguo a los heridos con una mano tranquilizadora,
Me siento al lado de los inquietos toda la noche oscura, algunos son tan jóvenes,
Algunos sufren tanto, recuerdo la experiencia dulce y triste,
(Los brazos amorosos de muchos soldados alrededor de este cuello han cruzado y descansado,
Muchos besos de soldado moran en estos labios barbudos).

—Walt Whitman

Fuente: Whitman, W. (1865). *The wound-dresser*. CommonLit. <https://www.commonlit.org/en/texts/the-wound-dresser>